

# Dios y el hombre

[Poema - Texto completo.]

Gertrudis Gómez de Avellaneda

¡Mirad al hombre! Del tupido velo  
Que a la naturaleza envuelve inmensa  
Levanta apenas, con incierta mano.  
Un extremo no más; ya iluso piensa  
Que toda la amplitud de tierra y cielo  
Estrecha viene a su saber, y ufano  
Erige audaz a su razón mezquina  
Tribunal soberano.  
Citando ante él a la razón divina.

«¿Quién eres?» — dice a Dios: — «¿Cuál es tu esencia?  
¿Por qué naturaleza no lo explica?  
Sus leyes estudió mi inteligencia,  
Y en ellas nada de tu ser me indica  
La inefable sustancia.  
Ni de tu decantada providencia  
Los designios profundos. ¿La ignorancia  
Será quien deba tributarte culto,  
Y al genio siempre y a la ciencia oculto.  
Dejarás en problema  
Ante sus luces tu verdad suprema?  
Origen te proclaman  
Del orden y del bien, y cuanto veo  
Es desorden y mal. Justo te llaman,  
Y me consume estéril el deseo  
De comprender de tu justicia oscura  
La marcha silenciosa.  
En balde por tu gloria te conjura  
Mi mente, codiciosa  
De la eterna verdad, que tus arcanos  
Le descubras sublimes:  
Sordo te encuentran mis clamores vanos,  
Y ni en las obras de tu diestra, mudas,  
El sello augusto de tu nombre imprimes,  
Cual si gozases en mirar las dudas  
Luchar del hombre en el inquieto seno,  
¡Tú que te llamas poderoso y bueno!»

«No más, no más en ignorancia ciega  
Adoraré rendido  
A un Dios desconocido,  
Que a concordar con mi razón se niega.  
Si no eres vano nombre,  
Haz que yo sepa, sin tardar, quién eres;  
Pues nace altivo, inteligente el hombre,  
Y si su amor y su homenaje quieres,  
Debes hacer que su razón lo mande,  
Al verte amable, al comprenderte grande.»

Así al saber supremo  
Dicta leyes su hechura limitada,  
Y de bondad por inefable extremo.  
Para curarla de su orgullo infando.  
Así confunde a la razón osada,  
Allá en su propio seno resonando,  
Aquella voz que fecundó a la nada.  
«Tú, que cuenta me pides  
De mis hondos designios; tú que dudas,  
Si a tu razón se esconde,  
De mi propia existencia; tú que mides  
Mi justicia etemal, y en mis dominios  
Juzgas del orden y del bien: ¡responde!  
Tus sabios, tus astrónomos profundos,  
¿Podrán decir cómo hago inalterable  
La eterna ley, que de infinitos mundos  
Que corren el espacio inmensurable,  
El movimiento y curso determina  
Sin que choquen jamás en rauda encuentro  
Y por qué los fecunda e ilumina  
Encadenado un sol en cada centro?  
¡Loco mortal, a quien hinchado miro  
Del prestado poder que de mí tienes!  
¿Puedes del Orión turbar el giro,  
O a las brillantes Pléyades detienes?  
¿Puedes siquiera, conocer la tierra  
Que desdeñoso huellas? ¿Quién su base  
Describirte sabrá? ¿Quién hay que tase  
Los tesoros que encierra?...  
Un imperio tras otro desaparece,  
Y mil generaciones  
Pasan por ella y en su seno se hunden;  
Ella sola no cambia ni envejece,  
Y sus preciosos dones  
Con orden inmutable se difunden  
Por las varias regiones

Que fertiliza el sol. Aquí presenta  
Prados herbosos, selvas primitivas;  
Allá el capricho de su fuerza ostenta  
En colinas altivas,  
Que decora con rasgos pintorescos;  
Allá borda de valles las honduras;  
Más acá ofrece los asilos frescos  
De grutas silenciosas;  
Ora se extiende en plácidas llanuras;  
Ora se ensancha en playas arenosas;  
Allí se muestra en sotos y florestas;  
Acá en bosques umbríos;  
Y allá ostentando sus potentes bríos,  
Encumbra montes de nevadas crestas.»

«¿Qué paternal desvelo,  
Qué sabia providencia  
Con tal magnificencia  
Dotó al grosero y despreciable suelo  
De ese globo que habitas?  
¿Quién lo sembró de vírgenes metales?  
¿Quién lo cubrió de especies infinitas.  
De útiles vegetales  
Apropiados a climas diferentes?  
¡Mira mecer las palmas y las cañas  
Las brisas de los trópicos ardientes;  
Mientras en selvas y ásperas montañas.  
Resistiendo al tesón de vientos fieros.  
Negros abetos, pinos seculares.  
Se levantan austeros  
Bajo los crudos círculos polares!»

«¿Quién te dirá cómo del hondo seno  
Que mi espíritu henchía  
Brotó con voz de trueno  
La mar amenazante,  
Y cómo yo de nieblas la cubría  
Cual envuelve la madre al tierno infante?  
Alzó atrevida la espumosa frente  
Robando al sol fulgentes aureolas:  
¿Mas quién se halló presente  
Cuando la dije: — tu soberbia enfrena  
Y a romper ve tus atronantes olas  
En aquel dique de movable arena?» —

«¿Sabes por qué vapores incesantes.  
Que recoge la atmósfera encendida.  
De ese su seno líquido se exhalan,

Y en las nubes flotante  
La masa de las aguas suspendida,  
Sólo desciende al suelo gota a gota  
En bienhechora lluvia convertida;  
Mientras de las altísimas montañas  
Se precipita en rápidos torrentes.  
Penetra de la tierra las entrañas,  
Y formando con linfas transparentes  
Arroyos mil y ríos caudalosos,  
Recorre murmurando el campo verde.  
Con giros tortuosos,  
Hasta volver al mar en que se pierde?»

«¡Juez de mi providencia, que me intimas  
Su imperfección y que mi plan corriges!  
¿Eres tú quién diriges  
Según conviene a los diversos climas.  
Los vientos voladores,  
Y a disipar mefíticos vapores  
Lanzas al rayo, que estallando dice  
Con su hórrido estampido:  
— ¡Gloria, Señor!, ya estás obedecido? —  
¿Coronada de flores  
Sale a tu voz la primavera hermosa,  
A preparar la tierra, que reposa,  
Del abrasado estío a los ardores?  
¿O acata, acaso, tu poder visible  
El invierno aterido  
Haciendo le preceda  
Con orden infalible  
El otoño de pámpanos ceñido?»

«¿A las linfas saladas  
Y a las ondas insípidas del río,  
Lanzaste las especies animadas  
Con variedad que pasma el pensamiento  
Y a cada cual con diligente mano  
Preparaste sustento?...  
¿Por ti de aceite saludable llena\*  
Se agita entre el hervor del Océano  
La colosal ballena?  
¡Mira cuál brotan de sus ojos llamas.  
Si la distancia de la presa mide! —  
¡Mira si airada eriza las escamas.  
Montes alzar en el ecuóreo llano,  
Y si con lento paso lo divide  
Darle de la vejez el color cano!»

«Por las libres regiones  
Del aire que respiras  
¿Esparces con tu diestra creadora  
Las volubles legiones  
De tantas aves que indolente miras?  
¿Les concediste tú la voz canora?  
¿Te deben los instintos  
Por que se multiplican y alimentan,  
Y los colores vividos que ostentan  
En matices distintos  
Sobre el esmalte de sus leves plumas;  
O es tu saber quien guía  
A las que al ver las invernales brumas  
Dejan del norte la región sombría,  
Y atraviesan el mar tras los ardores  
Del refulgente sol del mediodía?  
¡Mira cómo desprecia los furores  
Del caprichoso viento  
El águila real, las soledades  
Surca del éter en sublime asiento  
Para el vuelo atrevido,  
Y entre nubes que envuelven tempestades  
Labra el robusto nido  
De la desierta roca  
En las ásperas puntas suspendido;  
Mientras el avestruz de pluma poca,  
Que nunca se alza a la región yacía.  
Por otro instinto poderoso y cierto.  
Su cara prole fía  
A la infecunda arena del desierto!»

«Un momento contempla  
De los brutos la inmensa muchedumbre;  
En ninguno verás que falte o sobre  
Un miembro necesario.  
Éstos de imponderable mansedumbre,  
Aquéllos de carácter sanguinario;  
Tímidos unos, otros atrevidos.  
Pesados unos, otros diligentes.  
Todos están armados y vestidos  
Cual requieren sus usos diferentes,  
El destino especial que les señalo  
Y el clima y el lugar do los instalo.  
No por tus artes enseñado ha sido  
El castor industrioso;  
Ni el corcel generoso,  
Que sufre lo domines.

Te debe aquel valor con que al sonido  
De la trompa guerrera.  
Sacudiendo las crines.  
La nariz dilatando,  
Se lanza al campo en rápida carrera,  
De espuma y de sudor huellas dejando.»

«Cuanto tu vista admira  
Y cuanto puede concebir tu idea,  
Es átomo mezquino  
Del universo en el grandioso seno;  
Mas tú ¡mortal! que de mi ser divino  
Inquirir osas de arrogancia lleno,  
Secretos inefables, ¡confundida  
Verás por las partículas más leves  
Tu razón desvalida.  
Si a analizar ese átomo te atreves!  
De la naturaleza, que presumes.  
Iluso, conocer, al ser más pobre  
Comprender y explicar quieres en vano;  
Esa flor que te brinda sus perfumes.  
Ese mosquito que aplastó tu dedo,  
Ese que huellas, mísero gusano,  
¡Misterios son, en que abismarte puedo!»

«¿Y no eres un abismo,  
¡Oh átomo pensador! para ti mismo?  
Naturaleza doble en ti se encierra;  
De un rayo de mi mente iluminado  
Eres rey de la tierra,  
Y de esa tierra mísera formado.  
Materia deleznable  
Y espíritu soberbio,  
Grande y pequeño, fuerte y miserable.  
Suspenso entre la nada  
Estás y el infinito,  
Y en tu razón tan pobre y limitada.  
Llevas augusto privilegio escrito.  
Trémulo ante tan grandes maravillas,  
Que entrever logra tu asombrada mente.  
Dobla ¡mortal! sumiso las rodillas,  
Prosternando la frente  
Y acatando rendido  
De mi sapiencia el insondable arcano;  
Mas no alces atrevido  
Hasta mi trono el pensamiento insano;  
Que aunque el astro de fuego

Su luz te envía en rayos bienhechores.  
Si le osas contemplar quedarás ciego,  
Sombras no más hallando en sus fulgores»

«En tu alma de mi ser grabé la idea,  
Y rindiendo a su autor digno homenaje.  
Naturaleza emplea  
Universal, magnífico lenguaje.  
De un polo al otro en sus miserias claman  
Los hombres a su Dios. La tierra, el cielo,  
Las noches y los días.  
Mi poder y bondad doquier proclaman,  
Y mi nombre preludian en el suelo  
Multitud de armonías.  
Que ofuscan, sí, de tu razón el brillo  
Y confunden tu ciencia;  
Mas para el corazón tienen sencillo  
Poderosa elocuencia.  
Es mi nombre «¡El que- Es!» — ¡Que confundida  
Ante el misterio de tan alto nombre,  
Entre esas obras de mi augusta diestra  
El humano saber calle y se asombre;  
Pues su ciencia mayor alcanza y muestra  
Al conocer su pequeñez el hombre!»